

Estar en Europa, ser europeos

Josep R. Llobera

Josep R. Llobera (La Habana, 1939) es sociólogo y antropólogo británico de origen catalán. Actualmente, tras largos años de docencia en la Universidad de Londres, es profesor visitante de antropología en el University College de Londres y en la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona. Su investigación se ha centrado en la historia de las ciencias sociales, la antropología de Europa y el nacionalismo. Entre sus libros publicados se cuentan *The Anthropology of Europe* (Berg, 1994), *El dios de la modernidad. El desarrollo del nacionalismo en Europa occidental* (Anagrama, 1996), *An Invitation to Anthropology* (Berghan, 2003), *The Making of Totalitarian Thought* (Berg, 2003), *La teoría del nacionalismo a França* (Afers-PUV, 2003) y *Foundations of National Ideology* (Berghan, 2004).

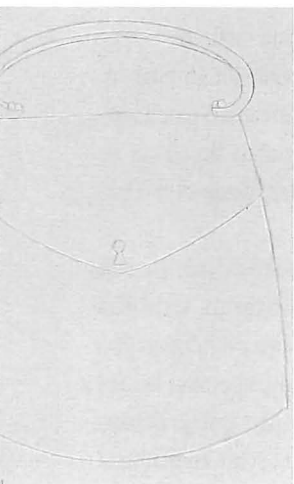
Parfraseando a Rudolf von Thaden en su libro *Prussia: The History of a Lost State*, podríamos preguntarnos: «*wo liegt Europa?*», es decir, «¿dónde radica Europa?». En otro sentido, podríamos preguntarnos hasta qué punto son europeas Turquía o Rusia, e incluso Inglaterra. ¿Qué es lo que determina la europeidad? ¿Se trata, quizá, de la geografía, de la historia política, de la cultura, de la conciencia? El sociólogo Henri Mendras ha sugerido que, por lo que respecta a Europa occidental, esta entidad puede ser definida en referencia a cuatro rasgos esenciales: el individualismo evangélico, el nacionalismo, el capitalismo y la democracia. La pregunta es: ¿podemos generalizar dichos rasgos al resto de Europa? Gerard Delanty discute esta problemática en su obra *Inventing Europe*. Evidentemente, hay una cuestión que va todavía más lejos: ¿existe Europa más allá de la Unión Europea? Cada vez resulta más difícil dar una respuesta. Muy a menudo nos llegan voces de que un determinado país quiere «unirse a Europa», cuando lo que en realidad se está afirmando es que ese país quiere solicitar el ingreso en la Unión Europea.

Los criterios para ingresar en la Unión Europea fueron establecidos en la cumbre de Copenhague, el 21 y 22 de junio de 1993. Los candidatos deben haber alcanzado la estabilidad institucional necesaria para garantizar la democracia, el imperio de la ley, los derechos humanos y el respeto y la protección de las minorías. Deben funcionar como una economía de mercado y tener capacidad para resistir las presiones competitivas y los embates de las fuerzas del mercado de la Unión. Además, los candidatos deben ser capaces de cumplir con las obligaciones económicas, políticas y monetarias de la Unión.

Desde la década de 1960, cuando menos, los sucesivos gobiernos de Turquía se han planteado como objetivo formar parte de lo que primero fue la CEE, y más tarde la UE. Tuvieron que esperar hasta 1999 para que la UE diera luz verde a la apertura de negociaciones con Turquía, en vistas a un eventual ingreso. En el otro lado del espectro, el Reino Unido ingresó en la CEE en 1973, pero una parte variable de la intelectualidad, de los políticos y de la opinión pública se consideran no europeos, y están en contra de la idea de la Unión Europea en todo lo que no se limite a un mero mercado común.

Para muchos observadores occidentales Turquía se sitúa, todo lo más, en los márgenes de Europa. La imaginan como un país islámico que tradicionalmente, en su encarnación otomana, fue el más feroz y el más importante adversario de la cristiandad occidental. El Imperio otomano se caracterizaba por una heterogeneidad cultural extrema, dado que incluía un gran número de grupos étnicos. El sentimiento de pertenencia no estuvo, pues, basado en la nacionalidad, sino en la religión, y más específicamente en la idea musulmana de la *umma*, o comunidad de fe. Dentro del Imperio otomano, los turcos eran el grupo étnico dominante, pero no tenían ningún interés en propagar su cultura a lo largo y ancho del Imperio, puesto que dicha función la cumplía el Islam, que cohesionaba la entidad política.

Obras de Eduardo Arroyo



A principios del siglo XIX, y en el contexto del filo-helenismo europeo, es decir, el movimiento romántico que favoreció la independencia griega, los turcos fueron vilipendiados. A finales de ese mismo siglo se habían puesto los cimientos de un nacionalismo turco reactivo e inventado. Después de la Primera Guerra Mundial, apareció la Turquía moderna. Bajo la dirección de Kemal Attaturk, la nueva república se suponía que representaría una ruptura radical con el autoritarismo del pasado. Turquía debía convertirse progresivamente en una república de base popular y laica, en la que el estado conservaría un papel clave en la economía. Se incurrió, sin embargo, en el grave error político de considerar que todos los que habitaban Turquía eran étnicamente turcos, cuando, de hecho, había muchos grupos étnicos (los kurdos eran el más numeroso de ellos).

En el contexto de la Guerra Fría, Turquía se convirtió en un firme aliado de los americanos y ejerció de pilar de la OTAN en el flanco suroriental. Las relaciones turcas con Europa occidental eran amistosas, al menos hasta que la disputa con los griegos acerca de Chipre las envenenó en la medida que los países occidentales se alinearon mayoritariamente con Grecia. Debido a su pasado otomano, a la percepción de Turquía como país islámico, a la falta de respeto por los derechos humanos y a las cuestiones de Kurdistán y de Chipre, Turquía ha sido considerada un país no europeo. Sin embargo, les elites turcas, tanto de izquierdas como de derechas, se han visto a sí mismas durante largo tiempo como modernizadoras y no entienden por qué la Unión Europea las ha venido rechazando. En algún momento argumentaron incluso que el crecimiento del fundamentalismo islámico en Turquía se debía, en parte, a la negativa de la comunidad europea a aceptarla como estado miembro.

En términos generales, sin embargo, es un hecho que el proceso de inserción de los musulmanes en la UE no está exento de conflictos. Si tenemos en cuenta los principios de la democracia liberal, no resulta difícil la integración de cualquier religión externa, sea el hinduismo, el sijismo o el budismo, pues el papel de estas confesiones en la esfera pública es muy limitado. En lo que se respecta al Islam, en cambio, la tendencia es la contraria, pues esta religión parece asumir un papel más y más relevante en términos de modo de vida total para un número creciente de sus fieles, y ello por no hablar de la amenazadora aparición del fundamentalismo y del terrorismo islámicos. La cuestión, para muchos políticos europeos, es si resulta o no aceptable la entrada de Turquía en la UE, dados los rasgos predominantemente musulmanes de esta sociedad.

En diciembre de 1999, en la cumbre de Helsinki, la Unión Europea decidió aceptar a Turquía como candidato a convertirse en estado miembro. Se impusieron una serie de severas condiciones que Turquía debía satisfacer si quería acceder a formar parte de la Unión. Había otros doce países de Europa Central, de Europa Oriental y del Mediterráneo que también negociaban, por aquel entonces, su acceso a la Unión. La mayor parte de ellos se convirtieron en estados miembros el 1 de mayo de 2004. Las duras negociaciones con Turquía entrarán en su fase final en 2005.

Aceptar a Turquía como candidata plantea asimismo la cuestión de hasta dónde puede extenderse la Unión Europea. Rusia también tiene un pie en Europa y, por lo tanto, también podría solicitar llegado el momento la admisión. Si los únicos criterios al respecto son los que se decidieron en Copenhague en 1993, entonces, ¿no es cierto que Marruecos, Israel o el Líbano podrían convertirse en estados miembros, algún día? Aunque geográficamente puede que no formen parte de Europa en sentido estricto, ¿acaso Gran Bretaña e Irlanda no están también alejadas físicamente del continente? Y si hablamos del pasado, los

países del norte de África recibieron una fuerte influencia griega, vieron nacer y extenderse el judaísmo y el cristianismo, formaron parte del Imperio romano, etc.

Hemos podido percatarnos de que cualquier acercamiento al estudio de la unidad y la diversidad europeas tropieza siempre con el mismo escollo: el de dilucidar qué es exactamente esa entidad llamada «Europa», cómo debemos definirla y qué características la distinguen de otras regiones del mundo. Sin embargo, también hemos visto lo difícil que es dibujar las fronteras externas del continente, hasta el punto de que los funcionarios de la UE ya han renunciado a dicha empresa.

Decir que Europa es a la vez una y diversa no deja de ser una perogrullada. Hay muchos factores que unen a los europeos: una herencia común como civilización, el compromiso con los valores liberal-democráticos y la voluntad de superación de los conflictos del pasado. Sin embargo, la construcción de Europa no puede ignorar las diferencias nacionales de cultura y de lengua. Europa sólo podrá avanzar si los diferentes pueblos que la constituyen no tienen la impresión de estar siendo encaminados a convertirse en europeos cortados por un mismo patrón, a ajustarse a una especie de retrato robot. Además, a medida que la UE se expande hacia el este, incluso para integrar a Turquía, su propia identidad deberá ser redefinida, para resultar más incluyente.

A medida que la Unión Europea se expande hacia el este, su propia identidad deberá ser redefinida.

En el pasado, una manera de analizar qué era lo que unía a los europeos podía ser observar contra qué o contra quién luchaban. Históricamente, el Islam ha sido el enemigo clásico. En el siglo XX, fue capital la lucha contra el fascismo, y después contra el comunismo. En el presente, existen tres factores básicos que, según algunos autores, mantienen unidos a los europeos:

- Las cada vez más intensas relaciones económicas entre los diferentes estados europeos.
- El intercambio creciente de información a través de los medios de comunicación.
- Los contactos personales que generan el turismo, los estudios, el trabajo, etc.

Ahora bien, los intercambios que acabamos de mencionar se intensifican también a escala global. Por ello, quizá el factor más significativo aplicable específicamente a Europa sería el incremento del grado de integración que se produce, políticamente hablando, gracias a los acuerdos y tratados, y a la tendencia cada vez más vigorosa hacia la homogeneización legislativa e institucional en el seno de Europa, particularmente en el seno de la Unión Europea. Cabe preguntarse, así pues, si esa integración cada vez mayor dentro de la UE actuará como catalizador de una mayor homogeneidad dentro de Europa o si contribuirá a exacerbar las diferencias entre los miembros de la UE y los que no lo son.

Cuando analizamos las diferencias dentro de la Europa actual, el consenso general es que con el colapso del comunismo soviético a partir de 1989 la economía de mercado y la democracia liberal son los principios dominantes de la organización de Europa como conjunto, independientemente de lo mucho que les pueda llegar a costar, a algunas economías del este, conseguir la implantación efectiva de dichos principios.

Se plantea, con todo, la cuestión de si estos cambios comportarán eventualmente una nivelación tangible entre Europa oriental y Europa occidental, que redundaría en una configuración del conjunto más homogénea. Uno de los factores diferenciadores persistentes en el seno de Europa es el nivel socioeconómico de desarrollo, que se expresa no sólo en el PIB por habitante sino también en lo que se suele llamar la «calidad de vida» (estándares de vida, educación, niveles de salud, acceso a servicios culturales, etc.).

En el terreno cultural hay también diferencias históricas significativas, pese a que existen indicadores que muestran, si no su desaparición, sí en todo caso su atenuación. Por ejem-

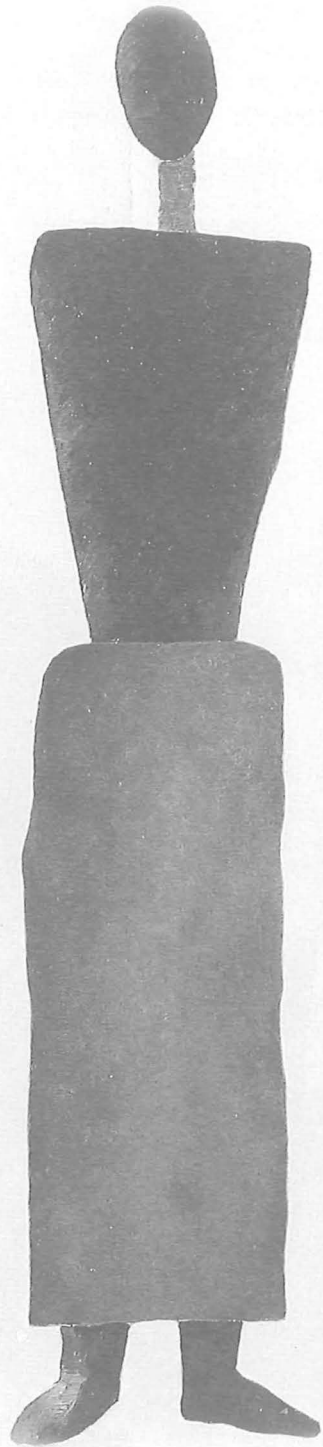
plo, con respecto a la religión, podemos distinguir tres grupos históricamente importantes: católicos, protestantes y ortodoxos. En el aspecto lingüístico podemos aislar tres grandes grupos: las lenguas románicas, las germánicas y las eslavas. Hasta cierto punto se puede observar una correlación entre los grupos religiosos y los grupos lingüísticos, de lo que se sigue, a grandes rasgos, que hay coincidencia entre catolicismo y lenguas románicas, entre protestantismo y lenguas germánicas y entre cristianismo ortodoxo y lenguas eslavas.

Es un tema abierto a la discusión, sin duda, la posibilidad de elaborar otras correlaciones de este tipo, como por ejemplo entre el protestantismo, el liberalismo y el desarrollo económico o entre el cristianismo ortodoxo, el autoritarismo y el subdesarrollo económico (quedando el catolicismo, de alguna manera, entre ambos). Algunos antropólogos afirman que se pueden establecer correlaciones entre fenómenos antropológicos como la religión o la estructura familiar y las orientaciones políticas. Estas propuestas suscitan muchos interrogantes, pero son un estímulo para avanzar hacia una comprensión más profunda de las sociedades europeas, que por otra parte requiere perspectiva histórica. Sin ella este tipo de fenómenos y las correlaciones correspondientes quedan sin explicación.

Como ha señalado el historiador Hugh Seton-Watson, del término «Europa» se ha hecho uso o abuso y ha sido interpretada o malinterpretada desde tantas perspectivas diferentes, que su significado es tan abigarrado como contradictorio. Lo que resulta particularmente interesante resaltar, tanto desde un punto de vista histórico como sociológico, es de qué manera la «idea de Europa» como ideal político y como metáfora movilizadora ha ganado en importancia en el último tramo del siglo xx. El catalizador de este fenómeno ha sido, indudablemente, la expansión de la Unión Europea y el progresivo movimiento de unión entre los estados de la Europa occidental y meridional y, más tarde, en nuestros días, de la Europa central y oriental.

La expansión de la Unión Europea, en cualquier caso, ha hecho aún más imperiosa y problemática la cuestión de la definición de Europa. Una consecuencia de ello ha sido la aparición, a medida que avanzábamos hacia el cambio de milenio, de un gran número de discursos y libros de líderes europeos, tratando de establecer sus particulares «visiones» de Europa. El Tratado de Roma establece que «cualquier país europeo puede ser miembro de la Comunidad Europea», pero no especifica qué significa la condición de «europeo». Dadas las ventajas económicas y políticas claramente perceptibles derivadas de la pertenencia a la Unión, muchos gobiernos están seriamente interesados en saber de qué parte de la línea divisoria entre «europeos/no europeos» cae su país.

Hasta cierto punto, por lo tanto, «Europa» podría ser considerada un ejemplo de lo que Victor Turner llamó «símbolo dominante»: una imagen que consigue abarcar un vasto elenco de referentes y de significados diferentes. Las fronteras de «Europa» varían según las definamos en términos de estructuras institucionales, de geografía histórica o de pautas observadas de interacción política, económica y social. Según el criterio de partida, veremos emerger uno u otro «núcleo» central. Europa es una entidad de civilización distintiva, unida por valores compartidos y por una identidad cultural y psicológica. En este sentido podemos considerar la herencia clásica greco-romana, el cristianismo, el Renacimiento, las ideas de la Ilustración y el triunfo de la ciencia, de la razón, del progreso, de la libertad y de la democracia como los marcadores clave de este legado europeo común. Resulta significativo que todos estos factores se apunten por parte de los representantes de la Unión Europea como rasgos representativos de la «idea de Europa», tal y como la perciben ellos.



Malevich:
Cuatro figuras
(1928-1932)

